

**Javier Álvarez Dorronsoro**

## **Intervención en la presentación del libro de Eugenio del Río *Jóvenes antifranquistas***

Madrid, 29 de septiembre de 2023.

Quiero agradecer a los organizadores del evento la oportunidad que me brindan para encontrarme con viejas amistades y agradecerles también porque la invitación me ha obligado a realizar una atenta lectura de un libro del que he aprendido mucho.

Me gustaría hacer algunos comentarios no en calidad de testigo-participante de la lucha antifranquista sino como lector del libro. A través de algunas breves reseñas publicadas puede dar la impresión de que el libro es una crónica más de los últimos años del franquismo y en concreto de la participación de las organizaciones radicales juveniles en la lucha contra el régimen dictatorial. Sin embargo, he encontrado en él algo más, mucho más, una manera, no muy habitual, de aproximarnos al conocimiento de aquella época histórica.

El historiador y filósofo italiano Benedetto Croce hacía una interesante distinción entre crónica e historia. La crónica, decía, es el pasado en cuanto creído simplemente sobre la base de testimonios y el relato de acontecimientos. Cuando sólo hay eso, la crónica es el cuerpo de la historia de la que se ha ido el espíritu, es el cadáver de la historia. Y añadía, la historia está condenada a convertirse en crónica cuando la relata una persona que no es capaz de revivir las experiencias de sus personajes.

El autor del libro, por el contrario, no ignora en el texto los acontecimientos que concurrieron en aquellos años. Nos ilustra profusamente aquel contexto con muchos datos y testimonios, pero se entrega en cuerpo y alma también a la tarea de revivir las experiencias de sus personajes, realizando de esta manera la síntesis que requería Croce para poder hablar de conocimiento histórico, la síntesis entre los testimonios y la crítica de las ideas.

En mi intervención me voy a detener en uno de los hilos que atraviesan el texto que conduce a uno de los hallazgos más valiosos del libro. El hilo comienza con las condiciones que permitieron la emergencia de unos colectivos inspirados por valores cristianos, convencidos de la necesidad de transformar de una manera radical y total la situación reinante, y termina con la creación, por esa misma gente, de organizaciones autodenominadas revolucionarias, muy ideologizadas, que adoptan el marxismo como ideario.

El ensayo contribuye a mi modo de ver a la apasionante tarea a la que se han entregado algunos autores, de descubrir el vínculo existente entre el pensamiento religioso y el pensamiento radical o revolucionario. El autor no ignora estos antecedentes y hace una referencia oportuna a la obra de Michael Walzer *La revolución de los Santos* que nos habla de la influencia que tuvo el calvinismo en la primera conformación de grupos radicales en Inglaterra a finales del siglo XVI que más tarde inspiraron la creación de otros grupos revolucionarios como los jacobinos franceses, los bolcheviques rusos, a los que quizás se podrían añadir, los jacobinos italianos organizados por Garibaldi y Mazzini en el proceso de la unificación de Italia a mediados del siglo XIX.

Eugenio nos informa de las *pasarelas e itinerarios* que siguieron esos jóvenes educados por el ambiente religioso existente para terminar creando grupos revolucionarios a finales del franquismo. Y una pieza importante de esta transición, una cuestión clave que explica esta *conversión*, en palabras del autor, es la de las concomitancias, las correlaciones, entre ese pensamiento cristiano radicalizado y el marxismo. Eugenio nos muestra mediante una argumentación convincente la existencia de esta relación. No voy a entrar en este tema, que queda a discreción de los lectores, ni quiero terminar haciendo un *spoiler* completo del libro.

Otra faceta singular del texto es la que nos ofrece su autor al incorporar su propia experiencia vital a este relato de las *conversiones*. A lo largo del texto destaca el rigor intelectual como una de sus virtudes. Un rigor que, por ejemplo, le lleva a no dejar pasar términos muy sonoros o polisémicos como *cultura política* o las ideologías que critica, sin hacer una aclaración de qué entiende por *cultura política* y que entiende por *ideología*, qué significado da a estos términos en su texto. Tal severidad conceptual sería muy de agradecer que se extendiera y se convirtiera en algo habitual en los libros de ensayo.

En línea con este rigor, el autor nos previene de las implicaciones que tiene su encarnación como autor y testigo en esta historia, nos informa de los sesgos cognitivos a los que se ve sometida la visión de un investigador de la Historia, cuando entre otras cosas está tomando su propia vida como testimonio y referencia. Así nos dice en el texto: *No es una tarea fácil para quien ha vivido episodios que le han marcado para siempre alcanzar esa conjunción aceptable entre el acercamiento y la distancia a la que se refería Norberto Elias o hacerse con el frío sentido de la distancia que postulaba Max Weber*. Todo esto lleva al autor a afirmar que el texto encierra antes un testimonio personal que una indagación histórica. Afirmación que –si entiendo bien sus palabras– no comparto del todo. Y digo que no lo comparto porque con esa afirmación parece que desmerece el texto como fuente de conocimiento histórico.

Donde el autor ve un problema, que lo hay sin duda, no podemos dejar de señalar también una ventaja. Robin George Collingwood, un historiador y filósofo muy respetado, nos da alguna pista para valorar el provecho que se puede extraer de la experiencia personal del historiador. Collingwood afirmaba: *La historia del pensamiento y, por tanto, toda la historia, consiste en reactualizar los pensamientos pasados en la propia mente del historiador*. Esto significa recrear esos pensamientos en su cabeza. Y utiliza un ejemplo: *Para suministrar conocimiento histórico, el historiador no se puede limitar a constatar que Bruto mató a Cesar y el momento en el que lo hizo, sino tendrá que meterse en la cabeza de Bruto e indagar los motivos por los que lo hizo*.

Desde esta perspectiva, se puede concluir que el hecho de haber sido uno de aquellos jóvenes radicales sitúa a Eugenio en una posición bastante privilegiada para revivir sus pensamientos y responder a la pregunta de por qué siguieron esa trayectoria. Se trata, por tanto, de una aportación personal muy valiosa.

Por otra parte, también me parece de interés señalar que el contenido del libro trasciende en varios aspectos el marco cronológico de finales del franquismo. Lo hace en el orden metodológico ya que revaloriza la importancia que adquiere el pensamiento de los actores en el estudio de los cambios sociales. Una de mis aficiones intelectuales

es el estudio de la época de Weimar, del nazismo en Alemania y del fascismo en Italia. Y, la verdad, es que se echa en falta una investigación más profunda sobre las ideas, valores y mitos, y sobre la propia representación que la gente que formaba parte de esos movimientos tenía de sí misma. Y así ocurre que a una pregunta tan pertinente como necesaria del porqué la mayoría, la casi totalidad de la población alemana apoyaba el nazismo se responde en algunos análisis con la sumaria afirmación de que se debió a la represión y la crisis económica, sin indagar en las raíces culturales, las ideas y el pensamiento de la sociedad alemana. Probablemente esta interpretación es una deriva de algunos de los vicios de la historiografía marxista, pero no contribuye, sino todo lo contrario, a enriquecer nuestro conocimiento histórico.

El libro trasciende también el marco del franquismo en un orden filosófico. Y lo hace cuando el autor plantea cómo los conceptos, valores y criterios que estaban en un principio en las mentes de quienes experimentaron esas *conversiones*, permanecieron bajo nuevos ropajes y lenguajes, y a su vez suministraron una base a su radicalismo. En el texto hay sobradas evidencias de que existió esta conexión entre el inicio y el final de las *conversiones*. Esta cuestión va más allá del marco histórico concreto del franquismo porque está apuntando hacia un problema más general que muchas veces se desdeña: el de la medida en que las ideas heredadas del pasado condicionan y determinan las ideas del presente. De ahí la importancia de estudiar las ideas que movieron a los actores sociales para conocer mejor el presente.

Acudo una vez más a una cita del historiador Robin Collingwood, que tiene que ver algo con esta última cuestión, y expresa muy bien esta idea: *El presente incluye en sí mismo su propio pasado, verdadera base sobre la cual descansa... pero este pasado no es un pasado muerto; al comprenderlo históricamente los incorporamos en nuestro pensamiento actual y al desarrollarlo y criticarlo nos capacitamos para utilizar esa herencia en provecho de nuestro propio avance.*

Creo que la importancia de conocer el pasado y la forma en la que lo plantea el autor refuerza el interés del libro, un libro, en definitiva, que merece la pena ser leído y sobre todo ser pensado.

Muchas gracias.